



*A mi hermanita Soledad a sus 7 años y su falda de trapo*

*amarillo, amarrada con un mecate para no faltar a la escuela*

I

—¡Gran poder de Dios! ¿Ahora qué hizo esa mujer? —Se comenzó a oír, a media voz, la indignación de hombres y mujeres contra La Natalia.

A La Natalia la vi por última vez el día que se la llevaron los polis a un cuarto de la presidencia que usaban como cárcel y velatorio. Particularmente ese día la gente no dejó de mirarla con asco, pero a La Natalia ya no le importaba. Lo único distinto fue que la indiferencia de los grandes era un poco menos.

—¡Obre Dios y María Santísima!. Pero no se podía esperar otra cosa de esa mujer. —Decían las señoras entre sorprendidas y despectivas al momento de santiguarse y partir al templo. Solo el tañer de las campanas que llamaba a misa de siete parecían compadecer a La Natalia.

De primeras no pude distinguir nada y menos suponer lo que había pasado; Al ver a La Natalia despatarrada y abrazando fuertemente a su muñeca, con los cabellos jalados, la cara llena de moretones: toda desgraciada su blusa morada que hacía juego de payaso con su falda verde sostenida con mecate, me provocaron ganas de vomitar. Sentí el miedo trepar por el cuerpo, frío, frío y comencé a cantar al santísimo hacia dentro: sa-annntooooo Diooo-o-oss. Sa-annnnntooooo fu-eeee-erte, al tiempo que apretaba los puños y agarraba valor para tocarla.

—Hay que avisar al presidente —Indicaba un murmullo sordo.

—¡No!, a la policía, a la policía —Explicaban casi todos. Pero nadie dijo ni por equivocación, yo voy. Tal vez por eso el presidente y la policía agarraron ese pretexto para llegar tarde, como siempre, sin asomo de vergüenza.

Antes que los uniformados de azul del municipio llegaran, en los propios ojos de La Natalia, esculcamos sus pertenencias y dejamos limpio el tenate de colores que siempre cargó en bandolera. Vaciamos lo que tenía adentro: una jícara rota que le sirvió de plato y para cubrirse del sol y de la lluvia. Dos huaraches del mismo pie. Un pedazo de cobija y cuatro lápices de colores con la punta mordida y un cuaderno pequeñito, bien cuidado, de pasta cosida con hilo verde y muchos dibujos de niños lanzando cosas que

se estrellaban en un tenate. Yo tomé los cuadernos y los colores. Su muñeca no porque pensé:

—Si se la quito La Natalia quedará muy solita.

Pese a que nos perseguía, a La Natalia nunca le tuvimos miedo. Sin embargo, ahora nos daba escalofríos sus ojos muy abiertos, el rictus de su cara, la boca como gritando leperadas y todo su cuerpo estirado escupía furia, coraje, que digo, odio, odio infinito.

—Chin, ¿Qué le paso a la Natalia? —Preguntó al llegar el Pulga

—Quien sabe, pero esta bien madreada —Contestó el Chango por lo bajo, sin dejar de ver a la Natalia.

—Se ve reflaquita y encabronada —Dijimos casi todos al mismo tiempo.

De la rueda que se fue haciendo alrededor de La Natalia, nosotros éramos la primera fila, por eso pudimos ver que los ojos de las señoras y señores tenían una mirada brillante, puestos en la "cosa" de La Natalia que, al no tener pantaletas, dejaba ver un vello fino entre sus piernas que con todo descaro mantenía abiertas.

II

Nunca supe por qué se llamaba Natalia, tampoco sabía sus apellidos, de donde era y mucho menos su edad. Si nació en casa rica o en los basureros como nosotros, lo desconocía. Lo cierto es que siempre traía el cabello alborotado y pocas veces le miré un listón que le abrazara la rebeldía de su "pelo fino".

La Natalia se parecía mucho a nosotros: vivía en las calles, tenía de cama el duro piso de las terminales de autobuses, de los portales y de las banquetas de las casas bonitas. Oía a mugre por todo el cuerpo y nunca se peinaba. Su nariz chata, labios gruesos y los ojos negros, estirados un poco, señalaban su origen indígena. Nunca le miramos nada distinto a nosotros, incluso la forma de vestir

# La Natalia

Raúl Gática Bautista\*  
Nuestro hermano exiliado, es  
maestro, escritor mixteco y activista social.





era igual a la de todos los que bajamos de los pueblos. Pero la gente grande decía que era una loca y cochina, porque sólo jugaba con hombres y no usaba pantaletas.

—Natalia la loca. ¡Loca sin calzones!. ¡Loca sin calzones!. Gritábamos cada que la encontrábamos jugando a poner vestido nuevo, cambiar pañales o a peinar los pelos güeros de su muñeca. Le lanzábamos cáscaras de plátano, naranja y hasta piedras. Si no nos hacía caso: ligazos en las piernas, brazos y cara, para que le doliera y respondiera. La Natalia, aguantaba todo, luego, como si fuera un ritual, guardaba sus cosas en su desvencijado tenate, amarraba a su espalda, con el rebozo, a su muñeca y se paraba de un salto para comenzar a correr tras de nosotros por toda la plaza del reloj, el parque y el mercado.

Teníamos sentimientos encontrados porque nos gustaba sentirnos correteados por ella, seguros de que no pasaría nada si lograba agarrarnos. Pero también nos daba mucho sentimiento verla toda cansada, sentada en los escalones del reloj, llorando y secando sus gordas lágrimas. Sin embargo, cada que agarrábamos rumbo a la escuela, La Natalia se iba suspire y suspire tras de nosotros. Miraba cómo nos formábamos a la carrera en el patio de la escuela. Y nosotros, en un gesto de absoluto orgullo, antes de entrar a los salones volvíamos el rostro seguros de que sus ojos no se habían marchado. Y ahí estaba, pegada a los barandales de la escuela nos sonreía.

No volvíamos a mirar a la Natalia sino hasta la hora del recreo en que invariablemente, la encontrábamos metiendo sus ojos entre los barrotes de la barda metálica de la primaria, para vernos jugar. Le brillaba la mirada y emitía gruñidos queriendo decir algo. Luego saltaba y saltaba. Saltaba hasta que cansada de tanto brinco, agarraba la mano de su muñeca y se ponía a dibujarnos en la tierra. Después de cada trazo llamaba nuestra atención con algunos grititos quejumbrosos e infinidad de señas, para que enfocáramos la mirada a donde señalaba lo que había rayado. Entonces borrábamos a zapatazos sus dibujos, al tiempo que le moreteábamos la cara, brazos y piernas con puros ligazos. Ella nunca hizo nada más que correr, aunque en estos casos no se iba hasta que, con ojos llorosos se despedía de sus garabatos destruidos por nosotros. Eso le dolía mas que nuestros ligazos.

### III

Por alguna razón los días se vistían distintos unos de otros. Algunos tienen colores en los cachetes, otros andan acalorados, dos o tres traen la

güevera a flor de piel, varios se ponen tristes y les da por nacer opacos, ni siquiera aire pasa por ellos y siempre huelen a bostezo. Por eso yo digo que el color de los días anuncia lo que trae la vida para cada uno de nosotros, aunque nadie lo crea.

De todos los días, yo disfrutaba a los domingos, porque no me faltaban ni dulces ni comida: galletas, palomitas, tortas, tacos y hasta refrescos me daban después de asistir a la doctrina, donde nos enseñaban el Padre Nuestro, el Yo Pecedor y el Ave María; los mandamientos de Dios y que él, ojiazul, todo güero y rubio, nos quería a los indios igual que a todos. Me dieron tantas satisfacciones los domingos que llegue a pensar que las desgracias podían pasar miercoles, viernes o cualquier otro día, menos domingo, pues de todos los que llevaba disfrutando por años, ninguno me había dado razón para la tristeza, amargura o coraje.

—¡Jesús María y José, se acerca el día del juicio!

Gritaron todos en la misa, ese domingo que el padre dijo en su sermón lo que había pasado con la Natalia. Desde entonces los domingos empezaron a nacer con cara de perro y La Natalia comenzó a dolerme en los huesos.

No había lugar a dudas, los domingos se tornaban diferentes, pues nuestras hermanas o tías cachondas, después de maitines y en pleno manoseo con el novio, cuando los regalos de dulces y refrescos no eran suficientes para mantenernos alejados, nos amenazaban:

—Si no se van por ahí y me dejan seguir platicando con mi amigo, llamo a La Natalia para que se los lleve.

Aprendí a vivir los días domingo de otro modo y a llevarlos con el alma y los recuerdos desde que los polis arrastraron el cuerpo de La Natalia entre la basura del día sábado. Desde ahí sentí un rencor sucio y apestoso contra el domingo, pues reparé que no todos miran del mismo modo ese día.

### IV

—A ver cabrones, ¿quién se la cogió primero?

Nos acosó el comandante de los municipales cuando nos quedamos acompañando a La Natalia en el cuarto aquel donde la fueron a botar los policías. A los nueve años nosotros sabíamos muy pocas cosas y a la autoridad le teníamos mucho miedo, por eso, con todo el pendejismo corriéndonos los huesos contestamos que así nomás, pues cuando la vimos ya no hablaba nada

—L'único que hacía es mover los ojos y mirarnos hondo, hondo: igualito que cuando se mira a lo lejos buscando algo. —Habló un poco más firme el Pulga.

—O a lo mejor, yo creo, se estaba despidiendo de nosotros —Remató el Chango.

Muchos hablaron compadecidos y dijeron estar indignados por las causas que dieron muerte a La Natalia. Sin embargo, ella no tuvo ni caja, ni velorio, ni misa, ni acta de nacimiento y nadie, nadie aparte de nosotros fue a su entierro.

Nosotros supimos de qué se había muerto La Natalia tantito antes de llegar al panteón, pese a lo que aseguraban los borrachines que la cargaron

—El doctor dicen que no aguantó tanta violación.

—Y que tenía mucho esperma... no se que madre.

—¿Si, no? Que fueron muchos los cabrones.

—Pobrecita, si' estaba loca, ¿cómo fue que se atrevieron?

Tal vez esto que se hablaban por todo el pueblo era cierto, porque estábamos seguros que la sangre que le quedó a La Natalia, en forma de hilo, dormida entre las piernas, no pudo haberla matado de ningún modo. Nosotros que la conocimos bien y que la miramos antes de morir, estamos seguros que quien mató a La Natalia fue la tristeza, pues se murió porque nadie la quería.

